

Monólogos

Carlos Martínez¹



Daniela Mahecha
Díaz

Dirigir *American blues* con Héctor Bayona fue algo maravilloso. Fue como en el año 2000; qué manera de comenzar un nuevo milenio. Entonces yo estaba dirigiendo un proyecto con egresados de la escuela del teatro que se llamaba Teatro Libre Estudio. Aunque no producíamos nada, a la gente le encantaba; hacíamos talleres y, sobre todo, búsquedas, experimentábamos con todo un poco. Por su lado, Héctor también tenía su grupo, un poco más heterogéneo, con gente de aquí y de allí, no solo egresados. Todo fue obra de Ricardo Camacho; un día se nos acercó y nos dijo “¿por qué no se juntan?, ¿por qué no juntan los dos grupos y hacen algo?”. Y, bueno, nos dio por producir *American blues*. Ese era el nombre de un libro de Tennessee Williams, pero de ninguna obra. Ni me acuerdo de qué era. ¿De poemas? En todo caso, a nosotros nos gustaba ese nombre; era muy dicente, muy evocativo de todo lo que fue Tennessee Williams. Lo que hicimos entonces fue escoger cuatro obras de Williams y ponerlas en escena al tiempo. Todavía recuerdo la confianza que Héctor me dio durante el montaje. Con ojos cerrados confió en mis manos. Me dejaba muchísimas cosas, especialmente, las que tenían que ver con la actuación, mientras él se dedicaba de lleno a lo plástico, a lo visual del montaje. Y es que Héctor era un pintor: hacía mano alzada, dibujaba, planeaba sobre el dibujo, y en el montaje se dedicó a eso, a ser todo un artista. Era impresionante cómo él se entregaba al

1• Esta pieza literaria fue escrita por Daniela Mahecha, a partir de una entrevista realizada a Carlos Martínez, actor de trayectoria en el Teatro Libre.



trabajo y cómo creía en el trabajo de los otros, sin ningunos celos de nada. ¿Dónde tenía Héctor el ego? No lo sé. Esa era una de las cosas que yo más admiraba, que admiro, de Héctor: su sencillez, la verdad en el escenario. Sobre todo, eso: la verdad, el despojarse, el quitarse todas las máscaras y ser verdadero en el escenario.

Recuerdo, por ejemplo, que en *Las brujas de Salem* Héctor era el señor Putnam, un terrateniente, uno de los causantes de la tragedia de Miller, y él hacía de ese personaje algo creíble, un malo con ganas, que removía las entrañas. Pero Héctor iba mucho más allá de ser un villano, actuando con la verdad, creando toda clase de matices, revelando la condición humana en cada personaje. Y esto era en la tragedia, porque en la

comedia también me dejaba sin palabras. Tenía el tempo. Era impresionante el tempo de Héctor en la comedia; era perfecto. Y es que eso es algo que no se puede enseñar, que se tiene o no se tiene. Parece algo hasta sobrenatural, pensar que un ser humano pueda tener un pequeño dominio, una pequeña habilidad sobre el tiempo que se nos diluye; pero Héctor, sin dudarlo, lo tenía. En el escenario, él se volvía tiempo.

Su sencillez era en todo, en la vida y en el escenario. Es que uno siempre tiene elementos de más en la acción, en el movimiento; uno se pasa la vida desbordándose, vaciándose. Él, en cambio, era la encarnación de la mesura y la medida. Ahora se me hace un poco absurdo cómo uno trata de hacer lo mejor, haciendo tonterías —muchas, además—, cuando lo mejor es lo más sencillo, siempre, y lo más verdadero. Eso tampoco se puede aprender teóricamente, no, eso es una naturaleza extraña, casi mística, que pocos actores, como Héctor, tienen.

Y, a pesar de todo ese talento, era increíble que Héctor me preguntara constantemente “¿qué es gozarse la obra? Yo no sé, yo hasta este momento no sé qué es gozarse la obra, gordo”. Todavía me parece escucharlo. Me lo decía hasta el final de su vida, inquieto por

no haberlo sabido. A mí me parecía que él se divertía mucho y uno veía eso en la trasescena: la diversión, el goce. Pero, ¡qué cosa!, él me decía que nunca se divertía en escena, porque estaba pendiente todo el tiempo del texto, de las relaciones de los personajes —que tan importantes eran para él—, de todas esas cosas que yo pensaba que solo me preocupaban demasiado a mí, que vivo angustiado hasta en las obras en las que no actúo. Que él me haya confiado esas preocupaciones, mostrándose tan débil, tan humano como cualquiera de nosotros, haciéndome ver, también, lo fuerte que llegaba a ser, es una de las cosas que aún me mantienen de pie sobre el escenario.

Había obras que, después de mucho tiempo, seguían preocupándolo, como si nunca se hubieran terminado. Sobre *La comedia de las equivocaciones*, en la que una vez se le borró un pedazo de texto, así no más, como si se lo hubiera llevado una ráfaga, me decía hace poco, hace muy poco, “¡cómo cometí ese error en esa obra, gordo!, yo no puedo imaginar, no puedo creerlo. Yo quisiera que volviéramos a hacer esa obra, volver a hacer ese personaje, porque yo quedé en deuda”. Era un temor que yo no sé de dónde le salía o por qué. Pero en escena lo dejaba bien escondido, en el último rincón de su pecho, y actuaba como solo él sabía hacerlo. Por todo eso es que Héctor cargaba con su frasquito de valeriana para todas las funciones. Yo no lo podía creer. Antes de la función, siempre, una media hora antes de la función, se sumergía en un vaso de agua con sus goticas de valeriana para poder esconder al monstruo de las preocupaciones.

Es cierto, dirigir con él, verlo actuar, verlo llevar todas esas tensiones, fue maravilloso. Pero lo que más voy a extrañar de él son sus llamadas los fines de semana. Eso ya lo extraño mucho. Cuando no nos veíamos, los domingos a las cinco de la tarde, en la hora más aburridora del mundo, Héctor me hacía una llamada y me salvaba. Hablábamos de tonterías, de cualquier cosa, o, a veces, de cosas importantes. Con él, ¿qué no se hacía importante? Y es que llegamos a ser muy buenos amigos en los últimos años. Fueron como diez u once años de amistad profunda, en los que nos volvimos completamente cómplices. Claro, había situaciones en nuestras vidas que nos apartaban por momentos, eso ocurre. Pero es increíble, mis esposas, mis novias, otros amigos, han pasado, mucha gente ha pasado y se ha ido diluyendo con el paso del tiempo; en cambio Héctor estuvo en mi vida cuarenta años, firme, actuando, bailando, quejándose,

riendo o discutiendo. ¿Cómo es que ocurre eso? No lo sé. Tal vez sea el teatro, el siempre volver a gozar, a sufrir, a vivir, a ser completos en el teatro ○